





# El quinto jinete

Dominique Pierre  
Larry Collins

El quinto jinete  
© Dominique Pierre  
© Larry Collins  
Primera edición 1980  
Reimpresión septiembre de 2020  
Ediciones LAVP  
Cel 9082624010  
New York City

Sin autorización escrita firmada por el editor de esta obra, ninguna persona natural o jurídica podrá hacer reproducciones parciales o totales del contenido de esta obra, ni comercializarla por ninguno de los canales, físicos, electrónicos, mecánicos, reprográficos, de audio o video vigentes en el mercado de obras literarias.

## INDICE

<b>Primera parte</b>	<b>6</b>
Esto va a cambiar el mundo	
<b>Segunda parte</b>	<b>51</b>
Por fin haremos que triunfe la justicia	
<b>Tercera parte</b>	<b>76</b>
General Dorit: ¡Destruya Libia!	
<b>Cuarta parte</b>	<b>110</b>
Es tan astuto como un zorro del desierto	
<b>Quinta parte</b>	<b>149</b>
Los rascacielos volaran por el aire	
Sexta parte	<b>187</b>
¡Águila-uno a águila-base! ¡fox-base ha cortado la comunicación!»	
<b>Séptima parte</b>	<b>222</b>
¡Señor presidente, me ha mentido usted!	
<b>Octava parte</b>	<b>265</b>
Hijos e hijas de Israel: esta tierra es vuestra tierra	
<b>Novena parte</b>	<b>301</b>
Por el amor de dios, ¡denos veinticuatro horas más!	
<b>Décima parte</b>	<b>340</b>
¡Has perdido, traidor! ¡la bomba explotará, a pesar de todo!»	
<b>Epílogo</b>	<b>366</b>

*Cuando abrió el sello cuarto, oí la voz del cuarto viviente, que decía: Ven. Miré y vi un caballo bayo, y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre **Mortandad**, y el infierno le acompañaba. Fueles dado poder sobre la cuarta parte de la tierra para matar por la espada, y con el hambre, y con la peste, y con las fieras de la tierra.*

**Apocalipsis, VI, 7-8**

## Primera parte

### Esto va a cambiar el mundo

El aduanero observaba cómo la lluvia azotaba el cristal, trazando en él furiosos arabescos. Se estremeció. Mal tiempo para quienes se hallasen en el mar. En la noche, sus ojos enrojecidos distinguían el panorama familiar del puerto de Nueva York, las luces de los docks centelleando en el Hudson, la punta de Governo's Island, la lejana guirnalda luminosa del puente de Verrazano<sup>1</sup>.

Un teletipo crepitó detrás de él. Consultó su reloj. Medianoche, ya. El primer carguero que atracaría en Nueva York este viernes, 4 de diciembre, acababa de pasar por delante del barco-faro de Ambrose y de franquear la frontera marítima americana. El hombre volvió a su pupitre de trabajo.

Desde este observatorio, alojado en el 6° piso del World Trade Center, casi en la punta de Manhattan, debía vigilar el sector aduanero del mayor puerto del mundo hasta las ocho de la mañana.

Abrió su libro-registro en la página todavía blanca de un nuevo día. Arrancó el mensaje transmitido por el teletipo y, con la aplicación de un escriba de la Edad Media copiando un salmo, consignó las distintas informaciones referentes al 7.422° navío que penetraba en el puerto desde el comienzo del año.

**NOMBRE:** Dyonisos. **PABELLÓN:** panameño. **DESTINO:** muelle N° 3 de Brooklyn Ocean Terminal. **AGENTE MARÍTIMO:** «*Hellias Stevedore Company*».

Cumplida esta formalidad, pulsó el nombre del barco en el teclado del terminal de ordenador instalado en la consola antigua. Este aparato estaba conectado al CNIC; Centro Nacional de Información Criminal. Dentro de pocos segundos aparecería la ficha judicial del Dyonisos.

La menor infracción registrada en su historia, ya fuese el descubrimiento de una bolsita de heroína bajo una tabla falsa de su bodega, ya una riña de un marinero borracho, aparecería automáticamente en la pantalla.

---

<sup>1</sup> En el curso del relato, el lector puede consultar el plano de la ciudad de Nueva York y el mapa de la cuenca mediterránea, que encontrará al final del volumen.

El aduanero observó el baile de los palitos verdes, que compusieron, al fin, tres palabras: «*Nada a señalar.*» Satisfecho, escribió «**NAS**» en la casilla correspondiente de su registro, confirmando de este modo que la Aduana americana no tenía que inquietarse por la llegada de la vieja carraca que se presentaba en la entrada del canal de Ambrose.

\*\*\*

El Dyonisos era uno de los últimos barcos Liberty de la Segunda Guerra Mundial, uno de esos camiones oceánicos que seguían navegando. Durante casi cuarenta años, desde el desembarco en Normandía hasta esta noche de diciembre, había transportado mercancías y contrabando por todo el mundo, bajo media docena de pabellones diferentes.

La compañía que lo había fletado esta vez, «**Transocean Shippers**», había sido constituida seis meses antes por escritura registrada con el número 5.671 en el ministerio de Comercio de la ciudad de Panamá.

La dirección que figuraba en el certificado de registro era la de un oscuro bufete de abogados instalado en la calle del Mercado, de Panamá. Como ocurre a menudo en los negocios de transporte marítimo, ya se trate de super-petroleros, ya de insignificantes embarcaciones de pesca, todo rastro de los verdaderos propietarios del Dyonisos se perdía en el anónimo de un apartado de correos de la ciudad de Lucerna, Suiza, donde tenía su sede la compañía.

Libre de la marejada del Atlántico, el barco remontó el camino real hacia el corazón de Nueva York. Franqueó los Narrows bajo la blonda metálica del puente de Verrazano.

De pronto, a la luz de la naciente aurora, apareció ante su gastada proa el prodigioso espectáculo que había llenado de alegría febril y de esperanza a tantos millones de hombres: la silueta vestida de verde de la estatua de la Libertad, y, después, las torres iluminadas de Manhattan perforando la bruma, troncos incandescentes de un bosque de vidrio y acero lanzado al asalto del cielo.

Indiferente a la lluvia, el único pasajero del carguero contemplaba el panorama desde lo alto de la pasarela superior. Flaco y musculoso, de mediana estatura, el palestino Kamal Dajani parecía tener unos treinta años.

Llevaba ajustados jeans de tela azul y chaqueta de cuero con el cuello levantado. Un gorro a cuadros le cubría la cabeza hasta los ojos. Había embarcado en la escala de El Píreo.

Pretextando un mareo incoercible, había pasado los dieciséis días de la travesía encerrado en su camarote con un montón de novelas policíacas. Pero cada mañana, al amanecer, se había deslizado, bien abrigado, hasta la cubierta superior.

Allí, durante veinte minutos, y sin importarle el estado de la mar, había simulado asaltos de judo y golpeado la batayola con golpes de karate, ejercicios encaminados a conservar su dominio de las artes marciales.

Una sirena desgarró el aire húmedo. Apartándose de los rascacielos de Manhattan, el Dyonisos viró a estribor, en dirección a la línea baja de los *piers* de Brooklyn. Bordeó los

depósitos donde los jefes de la Mafia habían edificado uno de sus fabulosos imperios, el muelle abandonado de State Street, por el cual había introducido el gánster Johnny Dio montañas de heroína en América, y llegó ante los tres antiguos desembarcaderos montados sobre pilotes de madera cubiertos de algas y de conchas.

Desde estas plataformas carcomidas del antiguo depósito militar de Brooklyn, habían partido dos generaciones de G.I. hacia las trincheras de la Argonne y hacia las playas de Normandía. Rebautizadas hoy con el nombre de «*Brooklyn Ocean Terminal*», simbolizaban también otro pasado.

Figuraban entre los últimos *piers* de Nueva York donde aún podía verse un abigarrado revoltillo de mercaderías: bidones de aceite de oliva griego, sacos de anacardos indios, de especias yemeníes, de café colombiano; reliquias de un tiempo en que los estibadores de los muelles se agrupaban ante los hombres de la Mafia para implorar una jornada de trabajo.

Sobre el techo se conservaba un vestigio de la gran cruzada que había empezado y terminado aquí: las palabras de bienvenida dirigidas a los millones de soldados que volvían de Europa. Pintados a la sazón con un azul tan luminoso como la dicha del retorno, eran hoy de un gris tan sucio y triste como la hilera de los docks de Brooklyn. «*Welcome Home*», pudo leer el pasajero solitario, mientras el Dyonisos giraba hacia su amarradero.

\*\*\*

Un inspector de la Aduana americana y un oficial del Servicio de Inmigración cruzaron muy pronto el portalón del barco. El capitán, un griego barrigudo, les condujo al comedor de la tripulación para someterles el indispensable «*sésamo*» de todo comercio marítimo: el manifiesto de la mercancía transportada.

Dada la nota de «*Nada a señalar*» registrada la noche anterior, la inspección aduanera se limitó a la lectura de este documento.

Por su parte, el contra maestre había reunido a la tripulación. Cada marinero presentó su cartilla al oficial de Inmigración y recibió un permiso del modelo 1-95, que le autorizaba a desembarcar y a circular libremente durante el tiempo de la escala. Antes de hacerle firmar la lista de tripulantes, el oficial de Inmigración formuló al capitán la pregunta ritual:

—¿Ningún pasajero?

El griego se echó a reír y mostró las polvorientas pin up que decoraban el mezquino comedor, donde flotaba un olor a aceite rancio.

—¡Vaya! ¿Ha tomado mi carraca por el Queen Elizabeth?

\*\*\*

Desde el tragaluz de su camarote, Kamal Dajani observaba la partida de los dos funcionarios. Cuando vio que bajaban a tierra, se quitó el cinturón-cartera y recorrió la cremallera que cerraba su bolsillo interior, donde llevaba varios fajos de billetes de cien dólares.



Separó cinco de ellos y los metió entre las páginas de un número de Playboy tirado en el suelo. Al ver al mojigato Benjamín Franklin de los billetes apoyado sobre el seno de una vampiresa, se desternilló de risa. Colocó el periódico bien a la vista sobre la litera y se encerró en el cuarto de baño.

Unos momentos después, llamaron a la puerta.

—¿Quién va? —gritó, en inglés.

—Le traigo un sobre de parte de Leila —respondió una voz.

—Métalo en el Playboy que está encima de la litera. En él hay algo para usted. Cójalo y lárguese.

Un mocetón barbudo, de unos veinte años, con una cicatriz en la sien izquierda, abrió la revista, cogió los dólares, depositó el sobre y desapareció.

Kamal Dajani esperó unos minutos antes de salir de la ducha y coger el sobre. Éste contenía un permiso del modelo 1-95, para desembarcar, y una hoja de papel con una dirección y un número de teléfono. Al pie, leyó: «**Welcome.**» Sonrió. Esta vez, el término no podía ser más adecuado.

\*\*\*

Por la noche, el pasajero del Dyonisos abandonó los docks con los marineros que salían en tropel. Nadie comprobaba su identidad. Kamal Dajani se sumió en la oscuridad de Brooklyn.

\*\*\*

Nueve días más tarde, un gélido domingo de diciembre tocaba a su fin. Como consecuencia del temporal de nieve que había azotado el este de los Estados Unidos el jueves anterior, montones de nieve obstruían las calles de Washington.

La temperatura polar había retenido en sus casas a la mayoría de los 726.00 habitantes de la capital americana. La familia que ocupaba la célebre residencia del 1600 de Pennsylvania Street se disponía, como tantas otras, a comer en la intimidad.

Los acordes solemnes del poema sinfónico Finlandia, de Sibelius, llenaban las habitaciones privadas de la Casa Blanca; concierto que atestiguaba la afición del presidente de los Estados Unidos a la música clásica. Las llamas de los leños de abedul que ardían en la chimenea daban al comedor un aire de cálida comodidad. Y elevaban también en unos grados la temperatura que el termostato presidencial, dando ejemplo de economía de energía, había limitado a 17 grados centígrados.

A las siete en punto, el presidente y su esposa se sentaron a la mesa de caoba barnizada. Su hijo menor y la esposa de éste comían con ellos, así como su tercer retoño, una rubita de doce años. Componían el símbolo perfecto de la familia americana. El presidente vestía jeans y camisa de lana a cuadros; su mujer, pantalón de terciopelo y chandal.

Como todos los domingos, la primera dama de los Estados Unidos había despedido a los criados y preparado ella misma la sobria comida dominical que tanto gustaba a su

marido: sopa de alubias rojas, unas lonchas de jamón de Virginia a la brasa, y crema de caramelo. Única bebida: leche.

Antes de sentarse, el presidente invitó a su nuera a recitar la acción de gracias, y los cinco comensales se asieron de la mano, pidiendo al señor que bendijese su alimento. Esta oración era una de las muchas plegarias que pronunciaba diariamente el hombre piadoso que gobernaba los Estados Unidos.

Sólo el oficio religioso de la primera iglesia baptista de Washington le había hecho salir de su casa en este día tan frío. Revestido de su sobrepelliz de diácono, había leído a los 1.400 fieles blancos y negros de su parroquia los salmos del segundo domingo de Adviento y comentado con fervor el mensaje de amor y de reconciliación que traía a los hombres la próxima venida del Mesías.

El presidente sonrió a su esposa y empezó a comer la sopa. Desde que ocupaba esta residencia, habían aparecido patas de gallo junto a sus ojos azules, habían encanecido sus cabellos rubios y rizados, y había desaparecido, poco a poco, su apostura juvenil.

Después de cuatro años de estar en el poder, este hombre de cincuenta y cuatro seguía siendo un enigma para la mayoría de sus compatriotas, uno de los jefes de Estado menos querido y menos comprendido del siglo actual.

El destino había querido que su presidencia no estuviese marcada por ninguna de esas grandes crisis que agrupan una nación alrededor de su jefe, sino por un alud de engorrosos problemas, como la inflación, la baja del dólar y la decadencia del prestigio americano en el extranjero.

Ante la imposibilidad de galvanizar el patriotismo de sus conciudadanos con la conquista de alguna nueva frontera o con algún New Deal, había tenido que resignarse a ofrecerles las amargas realidades de las reducciones presupuestarias, de las restricciones de energía y de las otras limitaciones de un mundo que no marchaba ya al compás de los tambores americanos.

Sus confusas cruzadas en favor de los derechos humanos, de la reducción de los gastos del Estado y de las reformas fiscales y sociales, sus desdichadas disputas con el congreso, las vacilaciones, las torpezas y las mudanzas de su política exterior, habían dado a América y al mundo la imagen de un líder que andaba a tientas en vez de gobernar y que, en vez de vencer las situaciones, se dejaba dominar por ellas.

El país que dirigía no dejaba por ello de ser la nación más poderosa, más rica, más derrochadora, más envidiada y más imitada del planeta.

Su producto nacional bruto era tres veces mayor que el de la Unión Soviética y superior al de Francia, Alemania Occidental, Gran Bretaña y Japón, en su conjunto.

Era el primer productor mundial de carbón, de acero, de uranio y de gas natural. Su agricultura seguía siendo una maravilla de productividad, capaz de alimentar al mismo tiempo a su población y a la de la URSS. Nueve décimas partes de los ordenadores del